

Pankaj Mishra

**El mundo
después de Gaza**

Una breve historia



Galaxia Gutenberg

PANKAJ MISHRA

El mundo después de Gaza

Traducción de Amelia Pérez de Villar Herranz

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *The World After Gaza*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Pankaj Mishra, 2025
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar Herranz, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 71-2025
ISBN: 978-84-10317-38-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Para PalFest y JVP, dos faros que nos guían

Nosotros, también, estamos tan deslumbrados por el poder y el dinero que olvidamos la fragilidad de nuestra existencia: olvidamos que estamos todos en el gueto, que el gueto está vallado, que fuera de la valla están los señores de la muerte y, un poco más allá, el tren que espera.

PRIMO LEVI,
Los hundidos y los salvados

Si la solidaridad humana fuera a depender de algo más sólido que un temor justificado hacia las capacidades demoníacas del hombre, si la nueva vecindad universal de los países fuera a dar lugar a algo más prometedor que un tremendo aumento del odio mutuo y cierta irritabilidad universal de todos contra todos, entonces debería producirse un proceso de entendimiento mutuo y de autoexplicación progresiva a escala gigantesca.

HANNAH ARENDT,
Hombres en tiempos de oscuridad

Índice

Prólogo	13
---------------	----

PRIMERA PARTE. LAS POSTRIMERÍAS DE LA SHOAH

Israel y la ofensa incurable	33
------------------------------------	----

SEGUNDA PARTE. RECORDEMOS: TENEMOS QUE RECORDAR LA SHOAH

Alemania: del antisemitismo al filosemitismo	107
La americanización del Holocausto	133

TERCERA PARTE. TRASPASANDO LA LÍNEA DE COLOR

Choque de narrativas: la Shoah, la esclavitud y el colonialismo	171
<i>Marketing</i> de la atrocidad y política identitaria	203
Epílogo. Esperanza en tiempos oscuros.	235
Bibliografía	243

Prólogo

Pensemos en la gran cantidad de brutalidad, crueldad y mentiras que pueden extenderse por todo el mundo civilizado. ¿De verdad creemos que un puñado de hombres ambiciosos y embusteros, sin conciencia, podrían salirse con la suya y desatar todos esos espíritus malignos si no tuvieran millones de seguidores que comparten su culpa?

SIGMUND FREUD

El 19 de abril de 1943 varios centenares de jóvenes judíos del gueto de Varsovia cogieron todas las armas que encontraron e hicieron frente a los nazis que los perseguían. La mayor parte de los judíos del gueto ya habían sido deportados a los campos de exterminio. Como recordó uno de sus líderes –Marek Edelman– aquellos luchadores estaban intentando mantener cierta dignidad: «Al fin y al cabo sólo se trataba de no dejarles acabar con nosotros cuando nos llegara el momento. Se trataba de poder elegir la forma de morir.»

Después de unas cuantas semanas de desesperación, los resistentes se vieron sobrepasados. La mayoría fueron asesinados. Algunos de los que aún seguían vivos el último día del levantamiento se suicidaron en el búnker del mando cuando los nazis lanzaron gas en el interior; sólo unos pocos lograron escapar por los conductos del alcantarillado. Después de eso los soldados alemanes prendieron fuego al gueto, bloque tras bloque, armados con lanzallamas para que los supervivientes huyeran al percibir el humo.

El poeta polaco Czesław Miłosz recordaría después haber oído gritos que venían del gueto «una noche tranquila y hermosa, una noche en el campo a las afueras de Varsovia».

Aquellos gritos nos pusieron la piel de gallina. Eran los gritos de la gente, miles de personas a las que estaban matando. Recorrían los espacios silentes de la ciudad atravesando el brillo rojizo de las hogueras, bajo las estrellas indiferentes, penetrando en el silencio benévolo de los jardines donde las plantas se afanaban por lanzar oxígeno, el aire era fragante y un hombre sentía que era bueno estar vivo. Había algo especialmente cruel en esa paz de la noche cuya belleza golpeaba el corazón igual que los crímenes de la humanidad. No nos mirábamos a los ojos.

En un poema que escribió en la Varsovia ocupada, «Campo dei Fiori», evoca Miłosz el tiiovivo que había junto al muro del gueto y sus jinetes, que se elevaban al cielo entre el humo de los cadáveres y una alegre cancioncilla que ahogaba los chillidos de agonía y desesperación. Más tarde, cuando vivía ya en Berkeley (California) y el ejército estadounidense bombardeaba y mataba a miles de vietnamitas –una atrocidad que comparó con los crímenes de Hitler y Stalin– Miłosz reconoció una vez más la vergonzante complicidad que hay en la barbarie extrema. «Somos capaces de sentir compasión, pero al mismo tiempo nos sabemos impotentes: caemos entonces en un estado de exasperación desesperada», escribió.

La aniquilación de Gaza por parte de Israel, abastecida por las democracias occidentales, ha infligido durante meses este calvario físico a millones de personas, testigos involuntarios de un acto de maldad política que les ha permitido pensar en algún momento que era bueno estar vivos, al tiempo que escuchaban los gritos de una madre que ve que su hija ha muerto abrasada en otra escuela bombardeada por Israel.

La Shoah marcó a varias generaciones de judíos; los judíos israelíes vivieron en 1948 el nacimiento de su estado nacional como un asunto de vida o muerte, igual que en 1967 y en 1973, entre la retórica aniquiladora de sus enemigos árabes. A muchos judíos que han crecido sabiendo que la población judía de Europa quedó prácticamente eliminada sólo por el hecho de ser judía, el mundo tiene que parecerles un lugar frágil. Y entre otras cosas, las masacres y la captura de rehenes perpetradas en Israel el 7 de octubre de 2023 por parte de Hamás y otros grupos palestinos han reavivado el temor a otro Holocausto.

Pero estaba claro desde el principio que el liderazgo israelí más fanático de la historia no iba a dejar de explotar esa sensación sempiterna de violación, pérdida y horror. Los dirigentes de Israel reclamaban su derecho a defenderse de Hamás, pero como reconoció en agosto de 2024 Omer Bartov, gran historiador del Holocausto, lo que buscaban desde el comienzo era «dejar inhabitable toda la Franja de Gaza y debilitar a su población hasta acabar con ella o hasta que se viera obligada a salir del territorio de cualquier forma posible». De manera que, durante meses, a partir del 7 de octubre, miles de millones de personas contemplaron un ataque contra Gaza de dimensiones extraordinarias y cuyas víctimas –como dijo Blinne Ní Ghrálaigh, un abogado irlandés que era además el representante de Sudáfrica en la Corte Penal Internacional de La Haya– estaban «emitiendo su propia destrucción en directo y en tiempo real, con la esperanza inútil y hasta el momento vana de que el mundo pudiera hacer algo».

El mundo, o más específicamente Occidente, no hizo nada. Tras los muros del gueto de Varsovia Marek Edelman sentía «un miedo atroz» a que «nadie en el mundo se diera cuenta de nada», a que «no hubiera nada, ni siquiera un simple mensaje, que pudiera salir de allí y contar lo que nos estaba pasando». No ha sido ese el caso de Gaza, donde las víctimas predecían su muerte en los medios digitales horas antes de ser ejecutadas, y sus verdugos difundían alegremente sus hazañas por TikTok. Pero la liquidación en directo de Gaza se complicaba a diario –eso si no se negaba

manifiestamente— gracias a los instrumentos del ejército y la hegemonía cultural occidental: desde los líderes estadounidenses o los del Reino Unido, que atacaban a la Corte Penal Internacional y al Tribunal Internacional de Justicia, hasta los editores del *New York Times*, que instruían a los miembros de su plantilla con un memorando interno para que evitaran expresiones como «campos de refugiados», «territorios ocupados» o «limpieza étnica».

Día tras día el ambiente se iba enrareciendo porque sabíamos que mientras nosotros seguíamos adelante con nuestra vida, centenares de personas normales y corrientes morían asesinadas o se veían obligadas a presenciar la muerte de sus hijos. De Gaza llegaban las súplicas de su gente, en ocasiones conocidos escritores o periodistas, que advertían de que ellos o sus seres queridos estaban a punto de morir, seguidas por las noticias de su muerte: era la humillación que representaba la incapacidad física y política. Los que sentían la culpabilidad de una implicación inevitable y escudriñaban la expresión de Joe Biden en busca de algún signo de piedad, de una señal de que acabaría el derramamiento de sangre, encontraron una dureza revestida de una blandura siniestra, quebrada únicamente por una sonrisita de suficiencia cuando repitió a los cuatro vientos alguna mentira israelí, como que los palestinos habían decapitado a varios bebés judíos. Y las esperanzas, justificadas, que suscitaba esta o aquella resolución de las Naciones Unidas, la llamada frenética de las ONG humanitarias, las restricciones de los miembros del Tribunal de La Haya y la sustitución, en el último minuto, de Biden como candidato a la presidencia quedaron brutalmente aplastadas.

Hacia finales de 2024 mucha gente que vivía lejos de los campos de la muerte de Gaza sintió (por persona interpuesta, sí, pero el sentimiento era real) que les estaban arrastrando por un paisaje épico de miseria y fracaso, angustia y agotamiento. Este podría parecer un peaje emocional exagerado para un simple espectador, pero la conmoción y la indignación que se sintieron cuando Picasso mostró por primera vez el *Guernica*, con todos esos caballos y seres humanos gritando mientras los matan desde el cielo, tuvo el

mismo efecto que una única imagen de Gaza: la de un padre que sostiene el cadáver decapitado de su criatura.

La guerra acabará desvaneciéndose con el tiempo, que también aligerará su montón de horrores. Pero las marcas de tanta calamidad permanecerán durante décadas en Gaza: cuerpos con cicatrices, niños huérfanos, escombros en las ciudades, gente sin hogar y la presencia y la conciencia inevitables de tan extensa pérdida. Y aquellos que observaron desde lejos, de brazos cruzados, la muerte y la mutilación de decenas de miles de personas en una angosta franja costera y que fueron testigos del aplauso o de la indiferencia de los poderosos, vivirán con una herida dentro, y con un trauma que no desaparecerá en mucho tiempo.

La disputa sobre cómo calificar la violencia de Israel —legítima defensa, una guerra en medio de unas condiciones urbanas muy duras o una limpieza étnica y una serie de crímenes contra la humanidad— no se resolverá nunca. Sin embargo, no es difícil reconocer en la constelación de infracciones morales y legales cometidas por Israel signos de una atrocidad suprema: las decisiones directas y rutinarias que han tomado los líderes israelíes para erradicar Gaza; el apoyo implícito de parte de una opinión pública que deplora la inadecuada retribución del ejército israelí en Gaza; el hecho de que se identifique a las víctimas con un mal irreconciliable; que la mayoría de las víctimas fueran completamente inocentes, muchas de ellas mujeres y niños; la magnitud de la devastación, mucho mayor en proporción que la infligida por los bombardeos aliados sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial; la velocidad a la que se cometen las masacres, con lo que se llenan infinidad de fosas comunes por toda Gaza, y la forma de actuar, siniestra e impersonal (basada en los algoritmos de la inteligencia artificial) o personal (francotiradores que disparan a los niños a la cabeza, en ocasiones dos veces); la negación del acceso a medicinas y alimentos; las varillas de metal caliente que insertan en el recto de los prisioneros desnudos; la destruc-

ción de escuelas, universidades, museos, iglesias, mezquitas e incluso cementerios; la puerilidad del mal personificado por unos soldados del ejército israelí que bailan ataviados con la ropa interior de mujeres palestinas muertas o huidas, la popularidad de este tipo de actuaciones en TikTok en sustitución de las noticias contrastadas y la ejecución metódica de los periodistas que se encuentran en Gaza documentando la aniquilación de su propio pueblo.

Naturalmente, la deshumanización que acompaña a cualquier matanza a escala industrial no es algo nuevo. Hace ya décadas que la Shoah estableció el rasero del mal que es capaz de perpetrar el ser humano. La medida en que gente lo identifica como tal y la promesa de hacer todo lo posible por combatir los brotes de antisemitismo en Occidente es lo que establece su grado de civilización. Pero muchas conciencias se vieron pervertidas o adormecidas durante los años en que los judíos europeos fueron arrasados. La mayor parte de la Europa gentil se unió, a veces con cierto ardor, al ataque nazi contra los judíos, y las noticias de su aniquilación en masa se recibieron en Occidente, sobre todo en EE. UU., casi con escepticismo e indiferencia. En febrero de 1944, George Orwell denunciaba que los informes de las atrocidades cometidas contra los judíos «rebotan en las conciencias como lo harían los guisantes contra un casco de acero». Durante muchos años después de descubrirse los crímenes nazis, los líderes occidentales evitaron reconocer que habían tenido un gran número de refugiados judíos. Posteriormente, el sufrimiento judío se ignoró o se invalidó, mientras Alemania Occidental, lejos aún de su desnazificación, recibía la dudosa absolución de las potencias occidentales al tiempo que se embarcaba en la Guerra Fría contra el comunismo soviético.

Estos acontecimientos que tuvieron lugar en un pasado tan reciente afectaron a las bases de la aceptación de las tradiciones religiosas y de la Ilustración secular: que los seres humanos gozan de una naturaleza fundamentalmente moral. La tendencia corrosiva que nos hace sospechar que eso no es cierto se extiende cada

vez más. Hay mucha más gente que ha visto con sus propios ojos la muerte y la mutilación bajo regímenes timoratos, de brutalidad y censura, y reconocen estremecidos que todo es posible. Y es que recordar las atrocidades del pasado no garantiza que no se repitan en el presente, y los cimientos de la ley y la moral internacionales no son en absoluto estables.

Durante los últimos años han sucedido muchas cosas en el mundo: catástrofes naturales, crisis financieras, terremotos políticos, una pandemia global y guerras de conquista o de venganza. Sin embargo, ninguno de esos desastres es comparable a Gaza: nada nos ha dejado una carga tal de aflicción, perplejidad y mala conciencia. No hay nada que haya provocado tanta evidencia, y tan vergonzante, de nuestra falta de pasión e indignación, estrechez de miras y pobreza de pensamiento. Toda una generación de jóvenes occidentales se ha visto abocada a entrar en una edad adulta moral a causa de la acción (o la inacción) de sus mayores, tanto en política como en periodismo, y obligada a enfrentarse, prácticamente sola, a una serie de actos de salvajismo permitidos por las democracias más ricas y poderosas del mundo

La tozudez perversa y cruel de Biden hacia los palestinos no ha sido más que uno de tantos enigmas espeluznantes presentados por los políticos y periodistas occidentales. No ha tenido que ser difícil para los líderes occidentales mantener su apoyo incondicional hacia el régimen extremista que gobierna Israel sin dejar de reconocer al mismo tiempo la necesidad de perseguir y poner ante la justicia a los culpables de los crímenes de guerra perpetrados el 7 de octubre. Entonces, ¿por qué repetía Biden una y otra vez que había visto vídeos que no existían? ¿Por qué aseguraba Keir Starmer, quien fuera abogado defensor de los derechos humanos, que Israel tiene derecho a «quitar el poder y el agua» a los palestinos y a castigar a todos los miembros del Partido Laborista que pedían un alto al fuego? ¿Por qué se manifestó Jürgen Habermas, elocuente bastión de la Ilustración europea, en defensa de quienes a

todas luces estaban llevando a cabo una limpieza étnica? ¿Qué llevó al *Atlantic*, uno de los periódicos con más historia de los EE. UU., a defender tras la matanza de casi 8.000 niños en Gaza que «matar niños no tiene por qué ir contra la ley»? ¿Qué significa el uso de la voz pasiva en los principales medios de prensa occidental cuando se refieren a las atrocidades israelíes, para que sea más complicado determinar quién está haciendo lo que está haciendo y a quién o en qué circunstancias («La solitaria muerte de un gazatí con síndrome de Down», titulaba la BBC uno de sus reportajes en el que se hacía eco de la actuación de un grupo de soldados israelíes soltando a un perro para que atacara a un discapacitado palestino)? ¿Por qué lanzaron los multimillonarios estadounidenses una serie de campañas para desacreditar a los manifestantes de los campus universitarios, contribuyendo a que se les aplicaran sin piedad las medidas más duras? ¿Por qué fueron despedidos los académicos y periodistas, destituidos artistas y pensadores, vetado el acceso de la gente joven a un puesto de trabajo sólo por mostrarse desafiantes ante el consenso a favor de Israel? ¿Por qué Occidente, al tiempo que defendía y protegía a los ucranianos de un ataque tan cruel, excluía a los palestinos de manera tan flagrante del grupo de los que merecen alguna obligación y responsabilidad humana?

Las respuestas, para mucha gente de todo el mundo, tenían que estar inevitablemente viciadas por una amargura racial que se venía gestando desde hacía mucho tiempo. Palestina, como señaló Orwell en 1945, «es una cuestión de color». Así es como lo vio Gandhi, que aunque empatizaba con la exigencia de una patria por parte de los judíos, suplicó a los líderes sionistas que no recurrieran al terrorismo para combatir a los árabes. Casi todas las naciones poscoloniales se negaban a reconocer el Estado de Israel: India, China e Indonesia fueron algunos de los países que en 1975 aprobaron una resolución en la Asamblea General de las Naciones Unidas declarando que el sionismo era «una forma de

racismo y de discriminación racial». Las desigualdades raciales que habían quedado sin resolver también pesaron sobre Nelson Mandela cuando dijo que la liberación de Sudáfrica del *apartheid* no estaría completa «sin la libertad de los palestinos», y aún pueden provocar a la NAACP (Asociación nacional para el progreso de las personas de color), un poderoso grupo, muy bien asentado, que lucha por los derechos civiles en Estados Unidos para materializar una intervención poco común en la política exterior; el grupo se unió a los principales líderes religiosos afroamericanos para pedir a Biden que cesara de enviar ayuda militar a Israel.

Desde hace décadas, la división racial que vemos en Palestina se ha puesto de manifiesto de manera sorprendente en las relaciones entre negros y judíos en Estados Unidos. En las primarias al Congreso de 2024 los grupos de interés afiliados al Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelí (AIPAC) gastaron más de 25 millones de dólares para derrotar a los representantes demócratas Jamaal Bowman y Cori Bush. La principal transgresión de estos dos progresistas afroamericanos, a ojos de sus enemigos, fue profanar lo que James Baldwin denominara en una ocasión un «devoto silencio» en torno al comportamiento de Israel. El propio Baldwin había sido lo bastante osado como para decir que Israel, que vendía armas al régimen del *apartheid* sudafricano, encarnaba la supremacía blanca, y no la democracia. También señaló en 1967 que el sufrimiento del pueblo judío «se ha reconocido como parte de la historia moral del mundo», algo que «no sucede con los negros»: «La historia de los negros ha sido arruinada, retorcida y despreciada», acusó. «Un judío es un hombre blanco, y los hombres blancos que se levantan contra la opresión se consideran héroes; pero cuando un hombre negro se levanta es porque ha regresado a su estado de salvajismo natural. El levantamiento del gueto de Varsovia no se ha descrito nunca como una revuelta, ni se ha injuriado a quienes participaron en él llamándoles maleantes».

Baldwin acababa de resumir una larga experiencia histórica: un judío no es un hombre blanco en sentido estricto, y rara vez le

han considerado así los demás hombres blancos. Gran parte de la población de Israel está compuesta por judíos cuyos antepasados proceden de Oriente Medio. Sin embargo, en 2024, la gran mayoría de la gente asimila a los judíos a la mayoría blanca de las naciones occidentales. Miles de millones de personas no occidentales se han visto politizadas en los últimos años por la furia de una calamitosa guerra de Occidente contra el terror, que con el expolio de grandes zonas del sur de Asia, Oriente Medio y el Norte de África, matanzas con drones y un gulag en el Caribe, ha demostrado la facilidad con la que todo cuerpo que no sea blanco se puede agarrar, destrozarse y destruir dejando al margen todas las normas y las leyes de la guerra. A ojos de quienes no son blancos el hecho de que Occidente negara a los países pobres la tecnología necesaria para fabricar sus propios antídotos contra la COVID-19, y la cantidad de vacunas que se enviaron superada la fecha de caducidad –lo que se dio en llamar «*apartheid* de las vacunas»–, confirmó una vez más que lo que busca siempre Occidente es proteger sus propios intereses bajo un manto de retórica universalizadora de democracia y derechos humanos: ven la llamativa discrepancia que existe entre la generosa hospitalidad que ofrece Occidente a los refugiados ucranianos y las barreras que erige para impedir el paso a quienes tienen la piel oscura, víctimas de sus guerras fallidas.

También se dan cuenta de que, si se comparan con las víctimas judías del nazismo, en Occidente casi nadie se acuerda de los numerosos holocaustos que tuvieron lugar en Asia y África a finales de la era victoriana o los ataques nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki. Es casi imposible no percibir una versión beligerante del «negacionismo del holocausto» entre las élites de los países que en otro tiempo fueron imperialistas, cuando se niegan a considerar la brutalidad genocida y expoliadora del pasado de sus naciones y se empeñan en deslegitimar todo debate sobre el tema como ocurrencias de «*wokes* desquiciados». Las crónicas del mundo moderno, resumidas popularmente como «Occidente es mejor», continúan ignorando las acertadas descripciones del na-

zismo (por parte de Jawaharlal Nehru, George Padmore y Aimé Césaire, entre otros) como «hermano gemelo» del imperialismo occidental, y en lugar de indagar en la conexión obvia que existe entre la matanza imperial de los nativos de las colonias y los horrores genocidas perpetrados contra los judíos dentro de las fronteras de Europa, miran hacia otro lado.

En 1967 el pensador iraní Ali Shariati expuso un argumento de «los pueblos de piel oscura» que se ha mantenido invariable durante muchas décadas:

¿Por qué tienen Occidente y la cristiandad que entregar a la Palestina islamista como compensación? ¿Por qué no entregan una parte de Polonia, que es donde sometieron a los judíos a las torturas más horribles? ¿Por qué no ofrecen un estado de la República Federal de Alemania en compensación por el Holocausto? ¿Por qué tiene la cristiandad que compensar esa tortura infligida a los judíos durante los últimos dos mil años a costa del Islam? ¿Por qué tiene Occidente que pagar por sus crímenes con un dinero del que carecen los países de Oriente Medio?

En este sentido, y en muchos otros, el conflicto entre Israel y Palestina no es igual a tantos otros conflictos conocidos cuya finalidad era lograr la independencia, un territorio o su soberanía, ni del tipo de los que se dan en Cachemira, Chipre, Timor Oriental o los Balcanes. Quienes apoyan a Israel afirman que quienes se muestran críticos, en todo el mundo, con «la única democracia de Oriente Medio» son unos hipócritas obsesionados con el tratamiento que se da a los palestinos, mientras contemplan con indiferencia las atrocidades de Rusia en Ucrania, la persecución de los musulmanes Uighur en China y las matanzas y desplazamientos a gran escala que se están produciendo en Siria, Sudán y el Congo. Pero Israel está en el foco de los acontecimientos mundiales no sólo porque allí se encuentran los santos lugares de las tres reli-

giones mayoritarias, sino porque está situado en uno de los puntos más sensibles de las redes mundiales del poder geopolítico y financiero y, a diferencia de Rusia, China, Siria y Sudán o el Congo, recibe ayuda (aparentemente ilimitada) tanto moral como material de Europa y de Estados Unidos. También porque las acciones de un estado judío en Oriente Medio que se formó, en principio, para resolver un problema de Occidente –la cuestión judía– implican, y dividen, a gran parte de la humanidad.

La formación del estado de Israel con los judíos europeos de Oriente Medio en un momento en que Europa acababa de abandonar Asia y África siempre iba a tener mayor repercusión que la creación de cualquier otro estado nuevo. La descolonización es el principal acontecimiento del siglo xx para una apabullante mayoría de la población del mundo. Cumplir un sueño milenarista en Palestina justo cuando asiáticos y africanos se acababan de liberar del colonialismo europeo prácticamente garantizaba que la normalización, que era el más ardiente deseo de los sionistas europeos, no se llegaría a alcanzar; que el siglo más dramático de la historia judía iba a continuar, y que los judíos, tanto si estaban en Israel como en la diáspora, seguirían siendo sujetos pasivos y activos en el corazón mismo de las enormes y fatales confrontaciones del mundo moderno: y si no eran entre tradición religiosa y modernidad secular, entre capitalismo y socialismo o entre democracia y totalitarismo, como había sido siempre, serían entre árabes y judíos, entre el Norte y el Sur globales, entre gente de raza blanca y gente de otras razas.

Hoy, el aparente antagonismo –imposible de aplacar– entre israelíes y palestinos se encuentra ubicado en una de las fallas más traicioneras de la historia moderna: «la línea de color», descrita por W. E. B. Du Bois como el problema central de la política internacional, determinado por la medida en que la diferencia de raza se basa «en negar a más de la mitad de la humanidad el derecho a beneficiarse de las oportunidades y privilegios de la civilización moderna». No puede pasarse por alto el peligro de una conflagración en Oriente Medio que consumiría a gran parte del

mundo. Las hostilidades ideológicas ya están desgarrando el tejido social de muchos países. En la marcada alineación internacional después de Gaza y Líbano, muchos de los judíos de todo el mundo se han visto confrontados a un grupo aún mayor de personas que se declara víctima del racismo genocida de los países occidentales. Después de considerar la Shoah como atrocidad definitiva y el antisemitismo como la forma más repugnante de fanatismo parecía posible crear una sociedad civil globalizada. Pero ahora surgen otros grupos que exponen sus propias exigencias: que se admitan crímenes en masa y genocidios históricos, esclavismo o imperialismo racial, y exigen un reconocimiento y una reparación.

Y tienden a preguntar: ¿Acaso el hecho de que Occidente se haya centrado en los crímenes del nazismo y del totalitarismo comunista le ha impedido hacer un examen más detallado de su pecado original, que es la supremacía blanca? En todo el mundo han surgido nuevas formas de antisemitismo, pero ¿qué justifica esas nuevas y beligerantes formas de filosemitismo dentro de estos países occidentales que en otro tiempo consideraron a la población judía ajena e inaceptable y la extirparon casi en su totalidad? Explorar esta transformación no puede ser un mero ejercicio académico, mientras la ultraderecha resurge en todo Occidente emborronando la imagen de democracia liberal que quiere ofrecer al mundo y los nacionalistas blancos históricamente antisemitas, desde la Hungría de Viktor Orbán a los evangélicos estadounidenses, se unen con fervor en la defensa de Israel.

Y hay otros muchos temas inquietantes sin explorar. ¿Puede la americanización de la Shoah haber distorsionado su historia y corrompido la política exterior de los Estados Unidos y de sus aliados europeos? El imperativo judío de recordar la Shoah ha dado lugar a diversas derivaciones en las sociedades occidentales, todas dirigidas a obtener el mismo prestigio moral y la misma ventaja de las víctimas. ¿Están los distintos relatos del sufrimiento derivado de la Shoah, la esclavitud y el colonialismo destinados a chocar entre sí, o es posible conciliarlos? La «lucha del hombre contra

el poder», según dijo Milan Kundera, «es la lucha de la memoria contra el olvido». Pero ¿cuándo se convirtió el recuerdo organizado en un instrumento del poder más cruel para legitimar la violencia y la injusticia?

Las páginas siguientes intentarán responder a estas preguntas. Pero su objetivo principal será enmarcarlas con la precisión suficiente para que podamos, al menos, mirar de frente al fenómeno al que nos enfrentamos: una catástrofe orquestada conjuntamente por las democracias occidentales que ha destruido la ilusión necesaria, surgida de la derrota del fascismo en 1945, de una humanidad común unida por el respeto de los derechos humanos y de unas normas legales y políticas mínimas.

La orgía de muerte que comenzó el 7 de octubre de 2023 y se extendió durante varios meses y en varios países ha supuesto una ruptura de la línea temporal y ha llevado al mundo que había antes de Gaza a otra era; y yo tengo conciencia de estar escribiendo sumido en un extraño abismo, entre un pasado que no se ha entendido del todo y un futuro amenazador, cuyos signos siniestros deben identificarse rápidamente. Este libro no es, no puede serlo, un relato indiferente de los orígenes y el impacto del acontecimiento que define al siglo XXI: y aunque para poder comprenderlo se basa en una serie de obras eruditas, sigue su propio camino y narra un viaje intelectual muy personal.

Yo me crié en la India y me nutrí del sionismo reverencial que mi familia profesaba hacia los brahmanes nacionalistas hindúes. La ausencia de familiaridad personal con personas judías, así como el desconocimiento de Israel, no suponían obstáculo alguno para nuestra admiración por el sionismo. El primer judío al que conocí fue un escritor indio, en Bombay: Nissim Ezekiel, un modernista pionero cuyo poema «La noche del escorpión» era de lectura obligatoria en todas las escuelas de la India. El segundo era una figura histórica, David Sassoon, un hombre de negocios eminente en el Bombay del siglo XIX que hablaba árabe y que dejó un rico

legado cultural y arquitectónico en la ciudad. La presencia de Ezekiel en Bombay, en una de las comunidades judías más antiguas de Asia, junto con las estatuas, la biblioteca, las escuelas y los muelles vinculados a los Sassoon, una familia judía de Bagdad, me dio una primera impresión temprana de que los judíos eran una minoría fundamentalmente asiática, aunque occidentalizada, como los parsis de origen persa (una impresión fortalecida por el hecho de que Zubin Mehta, el parsi más famoso del mundo, fuera director de la Orquesta Filarmónica de Israel). En los retratos que teníamos de Albert Einstein y Rabindranath Tagore, sentados juntos, los dos amigos parecían dos sabios orientales.

Posteriormente, las lecturas literarias o de temática histórica disiparon estas visiones infantiles y me alertaron de la injusticia que estaban sufriendo los palestinos. Una visita a Cisjordania en 2008 acabó por apartarme de aquella lánguida visión del sionismo como reivindicación y escudo de los eternos perseguidos, lanzándome a buscar un entendimiento más profundo del largo calvario de los palestinos. Al mismo tiempo, encontraba cada vez más difícil comunicar ese entendimiento.

Las memorias de los judíos que sufrieron a manos de los nazis fueron, lo reconozco, la base sobre la que después de 1945 se han construido muchas descripciones de una ideología y una atrocidad extremas, así como la mayor parte de las exigencias de reconocimiento y reparación. Me di cuenta de cómo la Shoah se había convertido en medida universal para calibrar la salud política y moral de las sociedades. Yo mismo desplegué esta medida tan influyente en los artículos que escribí para muchos periódicos occidentales sobre los nacionalistas hindúes admiradores de Hitler y su maliciosa influencia sobre India. Y cité la experiencia judía del prejuicio para advertir frente a la barbarie que se convierte en posible cuando se rompen determinados tabúes.

Pero mis orígenes indios y mi compromiso con las sociedades no occidentales también hicieron posible que surgiera un interés diferente: me predispusieron a contemplar, en lugar de verlo como algo independiente, el apocalipsis racial europeo de media-

dos del siglo xx junto a otras atrocidades sufridas por minorías o por pueblos colonizados en la era moderna. También empecé a ver el sionismo bajo una luz distinta, inseparable de los proyectos de redención de los pueblos humillados de Asia y de África, tanto en sus motivaciones iniciales como en sus mutaciones posteriores. Vivir de cerca el nacionalismo hindú durante las décadas de 1990 y 2000 me permitió comprender mejor cómo la memoria colectiva había sido manipulada por distintos movimientos ideológicos, y cómo la violenta expansión de estos últimos y su mentalidad de asedio se estaban alimentando mutuamente.

Algún intento esporádico de abordar el tema de Palestina desde este punto de vista privilegiado, independiente tanto del de Occidente como del de Oriente Medio, me hizo más consciente de que existía un régimen occidental insidioso, de represiones y prohibiciones: árabes y palestinos han visto durante décadas muchas líneas rojas ocultas que restringían todo debate sobre la trayectoria de Israel; la evidencia que ofrecían (un abuso de la memoria de la Shoah por parte de líderes israelíes, políticos antisemitas y agitadores islamófobos) hacía tiempo que no se tenía en cuenta. Pero no fueron sólo sus respectivos puntos de vista los que se suprimían o se ignoraban. Las clases dominantes de Occidente, como se ha visto después, parecían haber decretado una prohibición más amplia al intentar aislar a Israel de toda crítica.

Este despotismo intelectual, en una serie de instituciones que va desde los museos, universidades y editoriales hasta las sedes de las grandes corporaciones, bancos y organizaciones sin ánimo de lucro, se volvió mucho más punitivo cuando se aceleró la despreocupada matanza de inocentes en Gaza: mi conferencia en la que se basa, en parte, este libro, fue cancelada por la institución en la que se iba a ofrecer, el Barbican Centre de Londres. También tuve que dejar de escribir mi columna sobre asuntos de actualidad que llevaba una década publicando en Bloomberg. Puede decirse que me sentí impulsado a escribir este libro para aliviar la perplejidad y la desmoralización que se apoderaron de mí antes de un colapso moral absoluto, para invitar a los lectores a em-

prender esa búsqueda de explicaciones que se revela mucho más urgente en tiempos oscuros.

También me impulsó cierta motivación personal, más profunda. Al juzgar diversas formas de responsabilidad moral en la posguerra (1945), el filósofo Karl Jaspers habló de «la culpa metafísica», una aflicción que experimentan quienes son conscientes de su impotencia ante una barbarie inconcebible en su entorno. «Existe una solidaridad entre los seres humanos que hace a cada uno de ellos corresponsable de todo error y toda injusticia que se cometen en el mundo, sobre todo en relación con los crímenes cometidos en su presencia o con su conocimiento. Si no hago lo que esté en mi mano por evitarlos, yo también soy culpable».

Yo he decidido escribir sobre esa culpa, una condición humana muy extendida tras la oleada de asesinatos en masa en Oriente Medio, a cargo de Israel, retransmitida en directo, y sobre la obligación que los vivos tienen para con los muertos inocentes. Escribo también con la fe de que existe eso que se llama solidaridad entre unos seres humanos y otros, y que no acaba donde se ha trazado la línea del color.